

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1950 - Número 42



SEVILLA

PUBLIACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE I EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

020

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 086



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1950



Tomo XIII
Número 42

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1950

JULIO-AGOSTO

Núm. 42

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

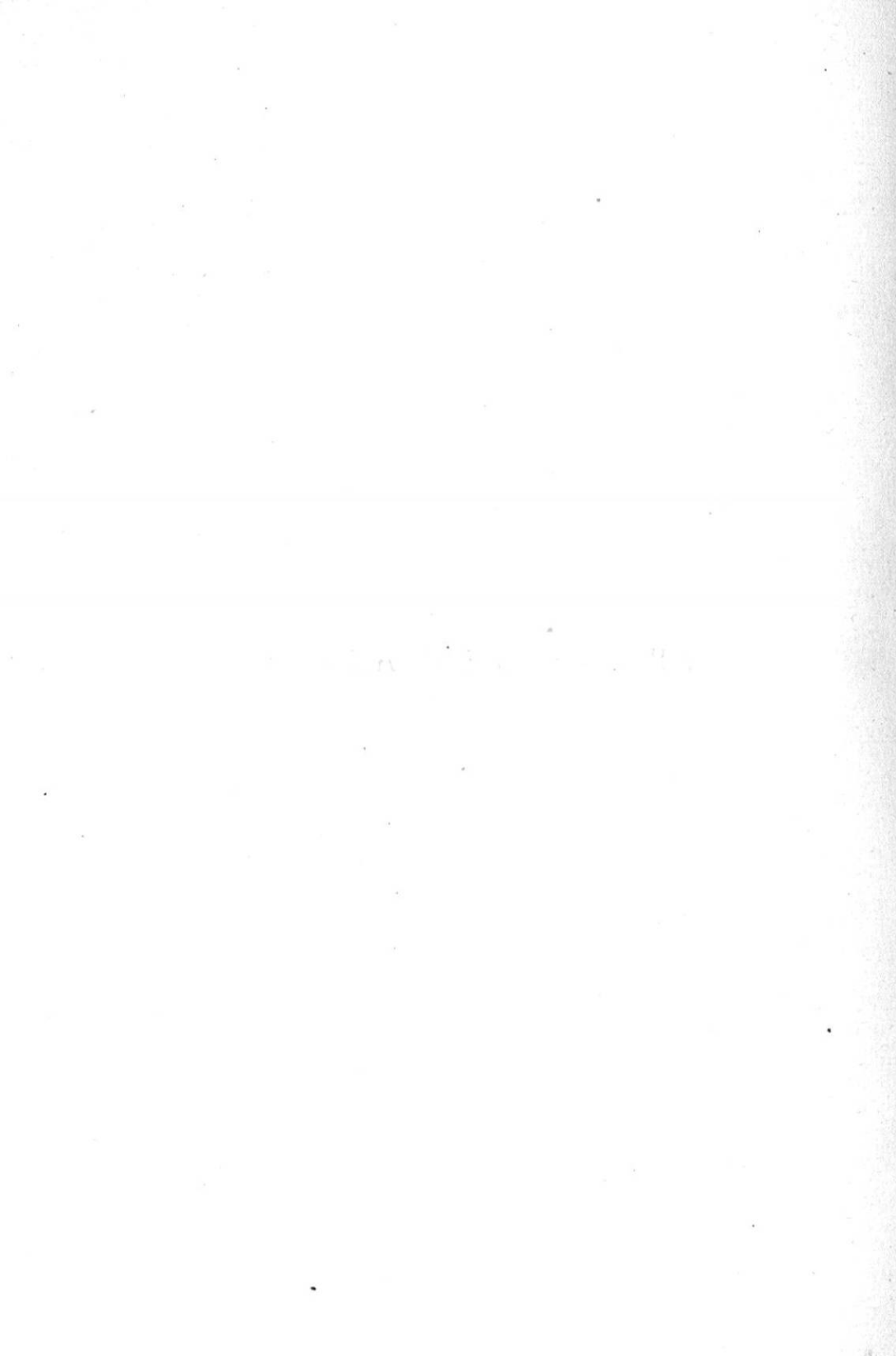
Págs.

Carlos Martínez de Campos.— <i>Alfonso el Justiciero.—Un centenario.</i>	9
Vicente Romero Muñoz.— <i>Estudio del bibliófilo sevillano Nicolás Antonio (II)</i>	29
Manuel Díaz Caro.— <i>Divagaciones sobre la adulación</i>	57
Hipólito Sancho.— <i>Un dominico de pró (III)</i>	65

MISCELANEA

F. Cortines Murube.— <i>Alusión cervantina y página de toros</i>	99
Hipólito Raposo.— <i>Lisboa y Sevilla</i>	103
Pedro de San Gínés.— <i>Templos restaurados</i>	107
***.— <i>Concursos de Bellas Artes</i>	111
LIBROS.....	113
CRÓNICA.— <i>Marzo y abril, 1945</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia.....	121

ARTÍCULOS ORIGINALES



ALFONSO EL JUSTICIERO

UN CENTENARIO

ENCABEZO este breve estudio a los 600 años de la muerte de Alfonso Onceno; rey soldado que nos legó un ejemplo inimitable de abnegación y de constancia, de patriotismo poco visto y de admirables condiciones militares. Lo hago en la intención de recordar sus grandes cualidades y de enumerar sus preciosas dotes de general en jefe, y dispuesto en fin a pergeñar una reseña de cómo fué su Ejército, y de cómo se portaron—uno y otro—frente al Peñón de Gibraltar.

Mi narración empieza en 1344 (1), cuando aún queda más de un lustro de labor y vida al eximio soberano.

* * *

La colina de San Roque está sin pueblo, y casi casi llena de árboles. En su ladera, sobre un claro, hay varias chozas cuya capa se confunde con la tierra; y, más abajo, en el sitio en que el sendero de la costa se une a la vereda que se interna hacia la sierra, hay dos filas de chumberas, con palas muy recientes e higos rojizos que los chicos van cogiendo con la mano; y junto a esas plantas se yergue un paredón hecho de barro, que rodea, de seguro, una preciosa huerta y un refugio tolerado exclusivamente a los notables de la orilla.

Desde ese puesto se divisa un inmenso lago—que a esto mismo se parece el espejo azul que llega hasta Abyla y Calpe—rodeado a primera vista de colinas y luciente como un cristal herido por los rayos de la tarde. Es la bahía y la salida levantina de un estrecho que separa a medio

(1) Año correspondiente a la conquista de Algeciras..

mundo de su otro medio y que desde la colina se percibe malamente a causa de las leyes que el Hacedor ha impuesto a su obra magna: la máquina que vive.

¿Malamente?

¿Quién lo duda? Le hizo falta al hombre un aeroplano para llegar a ver de veras las diversas cartas que, al cabo de los años, aprendió a trazar. Mas, malamente y todo, ¡qué hermosura! la del simple panorama que se ve desde la cima, cuando ha llovido y el sol desaparece tras los montes que protegen a Algeciras.

Y esto es ahora; pero entonces era igual. Variaba sólo, hace unos siglos, la corteza de la Tierra. Pensemos, pues, en la colina de San Roque—según dije—, sin la ermita, ni las casas, ni el cuartel que ya la adornan, y veámosla cubierta de helechales y de chaparros más o menos retorcidos. Y, a ese efecto, volvamos al rincón en que se cruzan los senderos de la costa y de la altura de Gáucín.

¿Qué pasa, ahí? ¿Quién pasa?, mejor dicho.

De vez en cuando, un borriquillo. Y, jinete en él, un vejete entrecanoso, vestido con chilaba o ensayalado de blanco, se dirige hacia la breña, sin atender a qué sucede en la bahía o en las villas que la guardan, frente a frente; ni hablar con la mujer que va detrás, a paso rápido y menudo, encorvada bajo un fardo mal atado sobre la espalda. Y el grupo se repite a cada rato; y a medida que la luz se va perdiendo, son más los que se siguen, con otras cargas y con chiquillos, camino de Jimena o de más lejos.

Entrada ya la noche, el movimiento continúa. Llega del Este; del lado mediterráneo. Alguna mula pasa, con aspecto de llevar a un personaje encopetado; y, luego, más grupos vienen, caminando. Sin duda es gente que huye; que no estaba tranquila donde estaba: en la llanura, entre el Peñón inmenso y la sierra Carbonera; o que no pudo seguir en su impensado campamento, al Norte de ese monte, o en la espesura que lo cubre, entre majuelo y brezo, o entre pinos y algarrobos.

Son los restos de un Ejército que fué: Ejército que vino a socorrer a los sitiados en Algeciras, y que no pudo llegar, y volvió a pasar el Guadarranque, para alcanzar los arenales en los cuales ya se hallaba cuando las «ahumadas» señalaron la angustia de los árabes, rodeados por Alfonso el Justiciero.

Es cosa bien sabida que en la sazón aquélla, las huestes musulmanas se hallaban integradas por un conjunto abigarrado de gentes de condición diversa. El estudiante y su catib, el filigrés y el alfaquí, el encartado, el jornalero, el castigado, el artesano—y entre ellos cuantos eran de oficio bélico—acuden al peligro, como un hombre solo, cuando la guerra santa es proclamada o la amenaza llega a la ciudad, o la noticia se diluye por la huerta, y alcanza a la montaña, y es conocida en otros sitios extrañados, y en los últimos rincones de la tierra que está bajo la férula del



F. DÍAZ, dibujó.

más amenazado por los de arriba, o por la extraña mezcla de moros y cristianos, judíos y mozárabes, que viven la ancha zona constituida por los pueblos y castillos que pasan diariamente de una mano a la adversaria, y se llama «la frontera», y no es «tierra de nadie», sino de todo el mundo, a juzgar por las entradas y excursiones realizadas por los viejos almogávares, que hicieron célebre su tiempo o el de los reyes cuya suerte sostuvieron.

No hace falta rebuscar en los archivos, ni traducir leyendas, ni escuchar siquiera al arabista que haya terminado ya esa labor. Para saber un poco del Ejército que pretendió obligar a don Alfonso a levantar el cerco de Algeciras, basta leer en nuestro tiempo, y recordar la última guerra de Marruecos, y preguntar a los que en ella consiguieron más laureles, cómo era el enemigo, y de qué modo le gustaba organizarse, y en qué forma prefería—una vez a nuestro lado—constituir las *harcas* o las *mías* que tanto cooperaron a someter lo insomitado; que de ese modo será fácil conocer la mezcla extraña que aceptaba un solo mando, y así se convertía en fuerza bélica. Variaban, sólo, con respecto a nuestro tiempo, el armamento y el vestido. El jefe, casi siempre, usaba chaquetilla sobre la malla, y jubón largo—recogido y apretado mediante faja—, y peinaba cofia con turbante. El soldado, en cambio, llevaba lorigota o camisón ceñido, y casco de hierro con visera o barboquejo. Y, en cuanto se refiere al armamento, de todo había en las famosas huestes de los emires que lucharon contra el Monarca de Castilla: sables curvos para el mando, y espadas rectas de dos manos, y diferentes arcos y ballestas, con saetas y cuadriellos, y máquinas de fuerza semejantes a las que luego surgirán al describir el quinto sitio del Peñón.

De igual modo, el que haya visto, en sus primicias, la escolta negra del Sultán Muley Hafid, sobre espléndidos corceles pura sangre y de semejante capa, se dará cuenta de que no hace falta remontarse mucho para hallar la imagen de una guardia jalifeña, o de un monarca de Granada, o de un simple rey de Ronda o de Algeciras. Bastará con saber que entre los siglos XII y XV, aquellas guardias alcanzaban con frecuencia un efectivo equivalente a diez mil hombres, o algo más; cosa grande al compararla con la fuerza destinada a preservar la vida de un sultán de hogaño, mas nada exagerada al recordar los restos de orientalismo puro que un Bonaparte quiso reinstaurar o que un Ejército prusiano copió al organizar las divisiones que alcanzaron tanta fama en las batallas de Sadowa y Saint Privat. Pero, entonces, la guardia del solemne personaje, a un tiempo Califa y Gran Pontífice y Jefe Supremo del Ejército, lo era todo en esa fuerza: modelo y núcleo principal, y base y cuadro de las tropas que habían de hacer la guerra, sin conocerla, ni haberla practicado.

Y en esto exagero un poco. Las campañas eran tan frecuentes que en cada núcleo siempre había unos cuantos que enseñaban lo aprendido

anteriormente a los novicios que llegaban. En la época estudiada, las leyes militares del Imperio cordobés ya no tenían aplicación. La gente iba y venía; salvo en cuanto se refiere a la frontera, en que la permanencia era de regla, y las guardias nunca abandonaban su misión. Y ese movimiento era la base del espíritu reinante, que a cada lucha o en cada guerra se reanimaba prontamente, originando un sagrado fuego que duraba en proporción al entusiasmo de la masa, al interés de la batalla o a la sublime capacidad del comandante en jefe; duraba, sobre todo, mientras la guerra continuaba; pues acabada la contienda, eran muchos los que se iban a su casa, dispuestos, sólo, a reintegrar su puesto cuando la tregua terminara o estallara otro conflicto.

En nuestro caso, los granadinos fueron los primeros en tornar. Su camino estaba libre, y todo invitaba a ganar tiempo. Eran, además, los de Granada, quienes más por interés que por deseo, se habían alistado en las principales harcas. Terminado el peligro o la amenaza muy directa, era lógico, en su caso, adoptar ese criterio. Mas los mayores, que vinieron de Africa a las órdenes del llamado «Infante Abomelique» (2), hacia los años 31 y 32, con el deseo firmísimo de recuperar las plazas de Gibraltar y de Tarifa, no habían dejado su puerta abierta, ni tras la puerta una mansión o una familia que esperara. Habían venido, en ese tiempo, con armas y caballos, con mucho pan y demás cosas necesarias para la guerra, y dispuestos a vivir de su conquista, cual lo hicieron solamente los que hallaron acomodo en el Peñón, después de contribuir a levantar su cuarto sitio (3); y, de resultas, muchos quedaron inmediatos a la zona abandonada, y poco a poco se acomodaron a la orilla de los ríos, y en las cercanías de los pozos o de los pocos manantiales encontrados, dispuestos a luchar y a cultivar la tierra, y a levantar una vivienda para los suyos.

Pero los incendios que estallaron en la zona próxima a Algeciras, advirtieron a cada uno que el monarca de Castilla había logrado su fin.

Un poco antes, la noticia del agotamiento de las fuerzas sitiadas había corrido como la pólvora hasta Gibraltar, en cuyo límite cundió mucha zozobra. Mas ahora también los de la vega decampaban, abandonando bienes y dejando en posesión de Alfonso el Onceavo la hermosa huerta que le hizo cavilar en su galera, hacía unos meses, cuando pasaba y repasaba ante Algeciras, y admiraba la campiña y frondosidad de su futura presa y la hermosura de las casas cuyas terrazas blancas adornaban el precioso panorama (4).

(2) Figura con este nombre en la crónica de Alfonso Onceno y en la Historia del Padre Mariana, si bien Ayala y los siguientes historiadores lo llaman Abdul-Malic. Es hijo de Albohacen o Abul Hacem, rey de Marruecos.

(3) Primero que puso don Alfonso el Justiciero, en 1333.

(4) Cuando el rey llegó a Tarifa, en 1331, vino a Getares a fin de ver su flota y «embarcóse en una galera para registrar a satisfacción la ciudad de Algeciras, i quedó tan pagado de su situación, viñas, huertas, tierras i monte que la domina, que tomó mayor deseo de emprender la conquista». (López de Ayala. Hist. de Gib., pág. 156).

Unos y otros, en efecto, emprendieron el camino, con sus mujeres y con los bultos que sus bestias soportaban. Son los que hemos visto deslizarse por el cruce, con la cabeza hundida, y sin volverla tan siquiera para un último recuerdo.

* * *

Don Alonso de Castiella et de León (5) había pasado el umbral de la muralla (6), y se acercaba a la mezquita con los *reyes y perlados* que le habían seguido en su famosa andanza, a fin de consagrar el templo moro y darle por nombre «Santa María de la Palma». (No ha de olvidarse que la entrada en Algeciras fué lograda en un Domingo de Ramos, y que en ese tiempo la guerra estaba destinada casi sólo a proclamar la fe que profesaba cada bando).

Y, después de la batalla del Salado, ésta fué la gran victoria de Alfonso Onceno. Amargó su gloria, únicamente, la enorme roca que estaba al otro lado de la bahía, dibujada contra el cielo, y que—inaudita—le desafiaba, cual nos sigue desafiando a los que estamos cerca de ella, y ponemos a la Patria a unos cien codos por encima de lo nuestro. Es más, estoy seguro—sin haberlo visto en obra alguna—que el rey se aproximó a la altura en que hoy se encuentra San Isidro, y, un instante, recordó su intento de 1333 (que ahora se llama el *cuarto sitio*), y se hizo a sí mismo la promesa de tornar lo antes posible a los salientes—el istmo y la meseta—y a los bordes principales del peñasco formidable, a fin de reducir a los que entonces defendieron el Castillo, y seguían dispuestos a defenderlo en el momento de que trato.

Pero, antes de estudiar esa última epopeya, que es la razón de mi trabajo, prefiero dar un paso atrás y presentar al soberano en forma debida. Así será más fácil darse cuenta del esfuerzo realizado en pro del quinto sitio: el pedestal de su prestigio y la causa de su muerte.

* * *

El príncipe había cumplido un año cuando murió Fernando IV (7), el *emplazado* por los hermanos Carvajales ante el Divino Tribunal que iba a juzgarles (8); y, entonces, fueron tantos los jaleos y desórdenes ha-

(5) Así dicen las recopilaciones de las antiguas crónicas. Pero, en la medalla de Alfonso XI, reproducida por Barado, se lee, concretamente: ILDEFONSI : DEI : GRA : REGIS : CASTELLE : ET : LEGIONIS.

(6) El día 27 de marzo, tras diez y nueve meses y veintitrés días de asedio. (Según López de Ayala, pág. 162).

(7) El 7 de septiembre de 1312, a los 23 años de edad.

(8) Cuando los llevaban a despeñar a Martos, por achacárseles la muerte de un caballero de la ilustre casa de Benavides, apelaron, en voz alta, a la Divina Providencia, a fin de que el monarca, sordo a sus ruegos, compareciera ante Ella antes de 30 días. Y, en efecto, el rey Fernando falleció misteriosamente en el plazo señalado.

bidos en Castilla que puede asegurarse que el reino estaba abandonado y próximo a la ruina.

Doña María de Molina, abuela del rey niño, se hallaba *retirada del Gobierno, sea por su voluntad, o por habérsele quitado* (9); y, esto, sin que doña Constanza, madre de aquel último, pudiese echar un cuarto a espadas, ni los infantes consiguieran entenderse para empuñar las riendas del Poder. Y, en tales condiciones, las diversas ligas organizadas por los que momentáneamente tenían aspiraciones parecidas, y en las que participaban los prelados más eminentes, sirvieron solamente para avivar rencillas y producir nuevos disturbios, que mantuvieron en zozobra durante algunos lustros a los de fuera y dentro, de Castilla o la Península.

A pesar de todo, la figura de la excelsa reina doña María fulguró de vez en cuando, y sirvió de lenitivo a la interminable espera. Mas desgraciadamente la viuda insigne de Sancho IV murió en el año 1322; y, ante eso, y la amenaza de otros conflictos y de más conflagraciones, las Cortes acordaron que el rey Alfonso se encargara del Gobierno *aunque*—según Mariana—*la edad era flaca para esa carga* (10).

Y, entre nuevos alborotos, originados por ambiciones de los unos y enemistades de los más, surge el monarca, hacía su juramento, con manto de oro y plata, *a señales de castillos y leones, y con rubíes y zafiros y esmeraldas en los adobos*. Se presenta sobre un caballo blanco de precio extraordinario, con los arzones de su montura cubiertos igualmente de oro y piedras preciosas, *et las faldas et las cuerdas et las cabezadas... de filo de oro et plata*—dice la Crónica—, *labrado tan sotilmente et tan bien, que ante de aquel tiempo nunca fué hecha tan buena obra de siella* (11).

Pero, la fiesta acaba pronto; y empieza la dura lucha contra el agareno, y la pelea con los de casa para allegar recursos a dicho fin.

La pérdida de Priego, en 1329, alarma a todos lo bastante para que muchos se presenten. El rey de Portugal envía unos quinientos hombres a caballo, y el de Aragón promete hacer entradas por su cuenta. El Pontífice concede un tanto de sus rentas eclesiásticas y la indulgencia a los que acudan a la guerra a costa propia. Y, en estas condiciones, el resultado primero es la brillante operación de Teba, en la que Alfonso Onceno se cubre de laureles (12).

Más, luego—poco después—, Gibraltar, lograda por el ínclito e inolvidable don Alonso Pérez de Guzmán, reinando aún Fernando IV (13), es

(9) Padre Juan de Mariana: «Historia de España». Biblioteca de Autores Españoles. (Tomo XXX. Pág. 445).

(10) Ob. cit. (Tomo XXX, pág. 445).

(11) Crónica de Alfonso Onceno, recopilada por Cerdá. (Pág. 187).

(12) El rey de Castilla «hizo su entrada» en 1330, y cercó la villa de Teba de Hurdals. Ozmil, con 3.000 jinetes, trató de hacerle caer en emboscada; pero don Alfonso, con astucia, logró contraenvolver a su enemigo y ponerlo en fuga. Y, de este modo, Teba cedió.

(13) Año 1309. Primer sitio del Peñón.

perdida por un tal Pérez de Meira (14), cuando Alfonso de Castilla estaba ya sobre su trono. La lección fué triste y pesó bastante para dar lugar a cambios interesantes, en cuanto se refiere al modo de allegar los fondos necesarios. Los almojarifes (15) desaparecieron, y fueron sentadas las primeras bases para la tesorería del monarca y las futuras alcabalas de la corona o impuestos sobre las diversas transacciones realizadas con las villas comarcanas y por los mercaderes forasteros (16).

* * *

Fué don Alfonso—dice la Crónica—*de buena fuerza, et rubio et blanco, et venturoso en guerra* (17); y por esta última cosa y por su nobleza y su patriotismo le fué difícil soportar la idea de que su propio padre se hubiese apoderado de Gibraltar, y que en su tiempo se perdiera la inefable joya.

Del desastre se enteró cuando se hallaba ya en Jerez, dispuesto a socorrer a los sitiados. Ya era tarde para salvar la plaza; mas, tarde y todo, siguió la marcha, con la idea de rescatarla.

Puso sitio a la inmensa mole. Luchó con entusiasmo. Subió al monte. Se acercó a la Torre del Homenaje, con su tormentaria y sus bravos almogávares. Pero, cogido entre dos fuegos, a causa de la ayuda que los granadinos quisieron ofrecer a los sitiados, el monarca se vió obligado a levantar el cerco y a concertar la tregua necesaria para ocuparse un poco de los grandes alborotos interiores. Y la espina quedó hundida en plena Corte de Castilla y en el corazón del rey.

Pasaron varios años sin que Andalucía ocupara un puesto preeminente en los designios de la Corona. Faltaban *bastimentos* (18). Mas, poco a poco, las entradas de los moros se hicieron más frecuentes y originaron descontento e indujeron a realizar otra excursión. Tuvo lugar el encuentro de Arcos de la Frontera (1338), en el cual perdió su vida el emir Abdul Malic (19). Pero, a su vez, esto produjo una reacción intensa entre los árabes de Granada y los de Fez, ya concertados en otro tiempo y dispuestos a evitar toda ventaja a los cristianos. Y como, de otra parte, las maniobras del almirante Jofre de Tenorio fueron estériles para evitar el paso y la llegada de Abul Hacen con más refuerzos africanos (hasta

(14) Año 1333. Tercer sitio, establecido por Abdul Malik, emir de Ronda y de Algeciras.

(15) Empleados que recaudaban los almojarifazgos, o derechos que se pagaban por las mercaderías que salían o entraban del reino, o que se intercambiaban entre los diferentes puertos.

(16) Las alcabalas fueron reconocidas como rentas de la Corona por las Cortes de Burgos, reunidas en 1342.

(17) Obra y edición citadas (pág. 627).

(18) Corresponde a «provisiones o abastecimientos». En aquella fecha era sustento necesario para una población o para el Ejército.

(19) Véase la nota 2.

el extremo de que la flota castellana fué destrizada, y el jefe hundido en su galera), el soberano de Castilla se alió al de Lusitania, y con la ayuda aragonesa (20) y la del rey de Portugal (21), ganaron, ambos, la batalla del Salado (1340), que obligó al de Fez a regresar hacia Marruecos, y volteó completamente la balanza, e hizo posible que las naves recién hechas o prestadas se instalaran en Getares, y empezaran las famosas correrías que acabaron en el sitio de Algeciras (1342-44), al que se hizo referencia anteriormente.

Luego, rendida ya la plaza, aún hubo que esperar antes de establecer el cerco del Peñón. Como siempre, no había dinero. Fué necesario pedir otras ayudas; y éstas se retrasaron lo suficiente para coincidir con los disturbios de Marruecos y las guerras interiores de Granada, que así garantizaron la máxima libertad de acción a Alfonso Onceno, rey de Castilla y de León.

De este modo empieza el año 1349, que ha de ofrecernos lo más interesante: el quinto sitio, y el sacrificio del monarca. Y para conocer sus prolegómenos, volvamos al antiguo observatorio, desde el cual vimos huir hacia la sierra a los que ya perdieron la esperanza de conservar la tierra conquistada otros seiscientos años antes.

* * *

Ya estamos. Pero, antes de empezar, prefiero hacer un comentario. Si en vez de haber tomado por cuenta propia este bosquejo, hubiese recibido yo el encargo—acaso con motivo de un rodaje de película—de estudiar la presentación histórica de los personajes y principales núcleos que tomaron parte en el tristemente célebre quinto sitio del Peñón de Gibraltar, es evidente que hubiera preferido entremezclarlos, dejando así que las banderas y pendones, los caballos y los mulos, las túnicas de cuero y las de malla, los cascos de visera y los turbantes, y, en fin, las diferentes armas, rectas y curvas, y arrojadizas o de mano, fueran base de la imagen ofrecida sobre el conjunto heterogéneo que don Alfonso el Justiciero logró llevar consigo, a fin, sin duda, de apoderarse del castillo de los moros; mas como quiera que mi pantalla está reducida a unas cuartillas blancas, prefiero escuadronar a los que pasan, y ordenarlos con arreglo al resultado de la futura clasificación establecida en los Ejércitos. De este modo, mi labor será sencilla, y el resultado bastante práctico.

Es evidente que las fuerzas no seguían la orilla en el orden en que van a ser descritas, o presentadas simplemente. De otra parte, no avanzaban en formaciones densas, como hoy, y como en tiempos de los griegos

(20) El rey de Aragón envió a don Pedro de Moncada, con doce galeras y algunas otras naves.

(21) Don Alfonso IV acudió personalmente con numeroso Ejército.

y romanos se concebían las tropas ya dispuestas para la guerra. Al contrario, se movían en desorden. Los caballeros principales—vasallos del monarca—le seguían de cerca, dejando a los *de casa* y a sus propios siervos a cargo de uno o varios adalides (22) que se hallaban más atrás, o rezagados. Con el rey marchaba únicamente la realenga (23), siempre a caballo y bien ataviada—de *punta en blanco*, se decía, y sigue diciéndose—, y compuesta de individuos que sabían no menos del manejo de la espada o del modo de enristrar la lanza (24) y de acometer con ella (25), que los más ilustres caballeros de la Corte, y, por supuesto, mucho más que los jinetes que integraban la *cabalgada* o caballería propiamente dicha de la hueste del monarca.

Y, por supuesto, de todo había en la famosa comitiva y en esa mezcla abigarrada. En cabeza figuraban los obispos y arzobispos que habían venido con don Alfonso y estaban dispuestos a luchar por él. Seguían los Maestres de Calatrava, y de Alcántara y Montesa, y el infante don Fernando, sobrino del monarca; y el conde de Villena, y Juan Alfonso de Alburquerque, y otros muchos *ricos-omes*, grandes señores e importantes caballeros de la Corte. Y, en la última parte, había jinetes valerosos que a su vez tenían escolta y eran maestros en el arte de manejar las azagayas (26).

Iban de a uno o por parejas, siguiendo la vereda y el camino, que eran casi paralelos entre sí y a la bahía, sin preocuparse de formación alguna, y sin intervalos o distancias. Eran los amos del ambiente, y nadie se atrevía a intervenir en sus caprichos.

Los peones se hallaban agrupados en mesnadas o unidades que pertenecían a las Ordenes militares o dependían de los vasallos o de los pueblos y municipios, y cada núcleo funcionaba a estilo suyo. La gente de los dignatarios eclesiásticos tampoco estaba sometida a norma alguna; pero las tropas de los grandes caballeros *de pendón y de caldera* seguían organizadas como antaño, en la época del Cid, con los parientes, los criados y los aldeanos que pechaban (27). En fin, las milicias concejiles se hallaban constituídas por villanos y excusados (28) y formaban *hostes* y cuadrillas, a cargo de campeones y de alféreces, provistos, los primeros, de *capa y calzas*, por sus alcaldes respectivos.

(22) Categoría de oficiales.

(23) Unidad perteneciente al propio monarca.

(24) Enristre «khorasanita» con cambio de brida; «thagarino» o fronterizo; *khalaita*, etc. (Véanse Barado y Estébanez Calderón).

(25) Estudiábase, a la sazón, la manera de «salir» y la de resistir el ímpetu; los modos de tomar la lanza y de efectuar la acometida, y los casos en que interesaba «dejarla correr y recogerla». (Véanse los anteriores y varias citas de los mismos sobre códigos arábigos).

(26) Variedad de jabalina o pilo morisco. Lanza arrojadiza con moharra de doble filo y de 4 a 6 centímetros de anchura. De 1,25 a 2 metros de longitud.

(27) «Pechar» o pagar contribución.

(28) Se llaman «excusados» los pages o asistentes que servían en la guerra a expensas de un caballero.

Y todo ese conjunto era una hueste, en que las órdenes se daban con bocinas y añafiles (29), y cuya fuerza reposaba en la ballesta (30) y en el arco, dotados, uno y otro, de bodoques y de flechas (31).

* * *

El desfile resultó bastante largo. Los miles de hombres que procedían de la frontera antigua, discurrían lentamente, formando grupos desiguales y con separaciones cada vez mayores.

En las primeras horas pasó una parte muy importante de las fuerzas destinadas a cercar la plaza y el Peñón; mas, luego, los núcleos fueron distanciándose, hasta el extremo de que a los pocos días, horas enteras transcurrían sin que se viera gente sobre el camino o por la senda. Y a medida que llegaba menos gente, iban apareciendo cofres de aspecto extraño, y que sin duda eran las partes o elementos de los varios artefactos destinados al lanzamiento de los proyectiles rudimentarios que se empleaban en la sazón aquella. Desde nuestro observatorio es probable que no se viera el contenido de las cargas balumosas que pasaban con frecuencia y que parecían largueros o bastidores, entre los cuales iban grandes cajas y cajones muy pesados. No es fácil—ni lo era entonces—poner en claro a qué máquinas o aparatos pertenecían aquellos medios, ni si alguno de los tubos que iban rodando era de una pieza semejante a las que luego se llamaron artilleras. La antigua Crónica refiere que en *Algezira-Alhadrá* (1342-44), los árabes tiraron *pellas de fierro*, lanzándolas con *truenos* que producían en los cristianos *muy grande espanto*, lo mismo por el ruido como a causa de su efecto, y porque aquellas balas *venían ardiendo*, y los *polvos con los cuales se lanzaban eran de tal natura que luego... era el hombre muerto* (32); pero nadie asegura que los truenos de Algeciras hubieran pasado a mano de las huestes que sitiaron la ciudad gibraltareña en 1349, y ante eso es razonable suponer que aquellas cargas pertenecían más bien a las *algarrras* o *algarradas* que aun disparaban piedras (33) o a las *balistas* que arrojaban grandes dardos (34).

(29) Los «añafiles» eran trompetas rectas, muy usadas en las milicias árabes.

(30) Dice Almirante que la «ballesta» fué precursora de las primeras armas de fuego. Ignoro en qué se funda para ello; pero entiendo que hubiese estado más cerca de la verdad con sólo asegurar que la ballesta fué un sencillo perfeccionamiento del arco. No obstante, el arte de la ballestería tardó bastantes años en abrirse paso.

(31) El «bodoque» era una bola de barro del tamaño de una ciruela, que se disparaba con el arco o la ballesta.

(32) De la Crónica. (Tomado de Jorge Vigón: Hist. de la Art. Esp. Tomo I, Página 29, nota).

(33) «Arántegui, tras un riguroso análisis crítico, falla en contra de las «algarrras» o «algarradas» en el largo pleito que liquidaban en su favor algunos historiadores, a fin de considerarlas como artillería... No por eso afirma que los cristianos dispusieron de ellas en esta época, pero apunta como posible que después de la batalla del Salado las poseyera ya Alfonso XI». (Vigón: Ob. cit. Tomo I, pág. 26).

(34) No se ha puesto en claro la clase de proyectiles que se empleaban con las balistas. Al tiempo que los unos refieren que sólo disparaban piedras, los otros dicen que arrojaban grandes dardos y cuerpos impregnados de líquidos ardientes.

Y ya que un horizonte tan inmediato se enturbia un poco, nos vale más abandonar el observatorio de San Roque, y saltar al sitio en que hoy está La Línea: un desierto que llegaba hasta la Peña.

En este lugar encontramos ya instalado el real de don Alfonso. ¿Dónde?

Es probable que en la cercanía de la actual plaza de toros. No alcanzaban ahí los proyectiles de las diversas *brícolas* (35) y *grossas* (36) colocables en la altura o en las inmediaciones de la villa. En todo caso, los grandes historiadores manifiestan que *el monarca se estableció en el arenal, cerca del mar* (37).

Alrededor se dispusieron los vasallos, formando estrella en relación al soberano. Y, en el círculo de fuera, se apelotonaron las mesnadas que hemos visto caminar junto a la orilla.

Puesto el cerco, *fueron quemadas muchas casas de placer y se talaron y destruyeron muy deleitosas huertas y arbolados que estaban cerca de la villa* (38). Pero, a partir de ese momento, no es fácil formarse idea de lo acaecido en las inmediaciones del Peñón. Ni en la Crónica siquiera se hallan detalles sobre el famoso quinto sitio de la plaza. Se sabe únicamente que *los cristianos levantaron máquinas y torres de madera...* (39). Pero, a fin de darse cuenta de la forma en que tales hechos se realizaron, es necesario dar un paso atrás y leer un poco sobre el modo cómo eso mismo llegó a hacerse en ocasiones anteriores: durante el cuarto sitio y en el cerco de Algeciras.

En aquel primero, las operaciones tuvieron lugar dentro del área del Peñón. Las acciones combinadas de mar y tierra originaron desembarcos más o menos historiados en que los arenales interiores fueron teatro de una sangrienta lucha, y facilitaron luego la conquista paso a paso de los cerros principales, y, a consecuencia de esto, condujeron a la posibilidad de cercar la villa y su castillo, y lograr que hubiera un objetivo definido, contra el cual llevar a cabo los esfuerzos principales, y así contribuir a una más fácil rendición de Gibraltar.

En aquel entonces, en efecto, *un real de combatientes llegó a posar sobre la peña, cerca de la Torre del Homenaje, y el otro permaneció en la parte superior*, en comunicación constante con el campamento del rey Alfonso, pues desde lo más alto los hombres *descendían por la escarpa travados a una cuerda, y subían cada vez que era preciso* (40). Y, en estas condiciones, el castillo gobernó sobre la táctica, y las órdenes se hallaron encauzadas casi exclusivamente hacia su rendición.

(35) «Bricolas», «trabucos», «almojaneques» y «magañas» eran las principales máquinas de movimiento parabólico.

(36) «Grossas», «catapultas» y «escorpiones» eran máquinas de acción horizontal.

(37) Conde: Hist. de la dominación de los árabes, etc. (Tomo III, pág. 148).

(38) Conde: Ob. cit. Tomo III, pág. 482.

(39) «Crónica de Alfonso el Onceno». (Último capítulo).

(40) Crón. cit. Cap. CXXII, págs. 236-37. (Adaptación).

No obstante, las máquinas tardaron en trepar. Su despliegue, por supuesto, fué estudiado con mucha calma y preparado esmeradamente. De seis ingenios que el rey tenía, más de la mitad fueron subidos a la altura, a fin de que unos dispararan contra las galeras que se hallaban junto a la playa, y los otros lanzaran piedras contra el objetivo principal de la contienda. Pero las naves inmediatas a la atarazana de Gibraltar fueron cubiertas por los moros con vigas de madera, contra las cuales daban las piedras sin producir grandes roturas; y, en vista de ello, se prescindió de aquellos blancos y todas las máquinas disponibles fueron reunidas y apuntadas al castillo.

Mas no bastaba desmoralizar la parte superior de este edificio defensivo. Aun era preciso conseguir una o más brechas, y penetrar en su interior.

Para eso, las gentes se ayuntaron bajo las mal llamadas mantas (41), y así lograron acercarse; y, esto conseguido, cavaron por debajo de la torre, y llegaron a sacar enormes cantos, y a producir un hueco por el cual pudieran internarse y apoderarse del conjunto. Pero, los moros abrieron ventanas altas, y cubriéndose con fuertes escudos (42) de las flechas enemigas, lanzaron proyectiles por encima de los tales artefactos, y con su tiro parabólico dificultaron la labor de los cristianos, mal protegidos por las mantas.

Al mismo tiempo, los defensores se batían a lanzadas por el hueco subterráneo cavado por los de fuera, y desde encima de la torre tiraban tantas piedras, y tan grandes, que otra vez rompieron la madera de los grandes burladeros que se hallaban a la altura del castillo; y a la par echaban alquitrán sobre la gente; y, de resultas, los almogávares tuvieron que marcharse, y se quemaron (43).

Dos doblas de oro daba el rey por cada piedra o cada canto que era sacado de los cimientos de la torre; y, ante eso, la tropa mencionada volvió frecuentemente a su tarea; mas siempre fué mediano el resultado (44).

Esto sucedió—que ahora sepamos—en 1343. Pero, a los seis años la villa estaba mejor apercebida para cuanto acaeciera: tenía otras defensas, y otros fuertes y mayores obras, y troneras al estilo de su tiempo, y muchos y buenos soldados de guarnición, que a la fama del cerco vinieron de Africa (45); y, en estas condiciones, es más que seguro que el monarca logró menos que en la ocasión primera.

(41) La «manta» era un ingenio o máquina tectoria que se empleó mucho antiguamente en el ataque de las plazas, para acercarse y minar los muros. Su forma era variable. Se construía generalmente con tableros fuertes, y se montaba sobre ruedas. Se cubría de cuero o de pieles frescas y resistentes a las materias incendiarias.

(42) Los escudos—grandes y pequeños—recibían diferentes nombres, según se hallasen recubiertos de cuero, de ante, de hierro o de maderas especiales.

(43) López de Ayala: Ob. cit. Pág. 144. (Adaptación).

(44) Id. Id.

(45) Padre Mariana. Biblioteca cit. Tomo XXX, pág. 482.

* * *

Ya he dicho que no existen narraciones detalladas sobre los hechos acaecidos durante el quinto asedio de la plaza. Sábese tan sólo que el cerco languideció bastante pronto, por falta de elementos y de fondos. Y, por ésta y más razones de igual peso, es probable que las acciones realizadas en pleno monte no fueran tan violentas como en el cuarto sitio. Algún autor ha dicho incluso que las dificultades encontradas en la altura, junto al castillo, obligaron a don Alfonso a limitarse a operaciones diferentes. No obstante, el hecho de que Abul-Hacem, a quien pertenecía Gibraltar, estuviera en guerra contra su hijo a fin de recuperar la ciudad de Fez, y la circunstancia de que el rey de Granada se hallara en franca lucha contra las huestes destacadas por el citado Abul-Hacem para tratar de apoderarse de Marbella y de otros pueblos y castillos de la orilla, eran, sin duda, interesantes para inducir al cerco y tratar de conseguir la rendición de Gibraltar. Pero, a pesar de todo, la energía desplegada no bastó.

* * *

Abajo — y entretanto — el real estaba bien montado. La preciosa tienda del monarca se reconocía por su tamaño y su color, y por el asta de pendón que se encontraba junto a la puerta, ofreciendo al viento la insignia de Castilla, bordada en oro. Muy cerca, la guardia personal del rey cerraba el paso a los peones o mesnaderos de poca monta, y rendía honores a los grandes caballeros que habían sido llamados para un consejo en que se iba a discutir la conveniencia de seguir la lucha ya emprendida en las proximidades de la torre y de acorrallar aún más a los que estaban en la villa, o, por el contrario, limitarse a una operación de mar y tierra que tuviera más carácter de bloqueo que de un verdadero sitio táctico, llevado a cabo con arreglo a cuanto ordenaban los preceptos más recientes sobre el arte de batir a un enemigo bien dispuesto a defenderse.

A distancia, los núcleos principales ofrecían aspecto militar y ordenadísimo. No en vano, los campamentos de Alfonso Onceno gozaban de gran fama, y eran modelo en que no pocos estudiaban ciertos principios de la castrametación moderna. La propia Crónica del rey nos habla de las visitas realizadas por diversos personajes extranjeros al real establecido junto a Algeciras, en ocasión del cerco y la conquista de esa plaza. Y, en efecto, las hileras de los mástiles eran extraordinariamente rectas, y la equidistancia entre las tiendas o entre sus capacetes daba lugar, como en los grandes olivares y viñedos, a innumerables puntos de vista en que resurgía el paralelismo entre las rectas constituidas por cada fila de elementos semejantes. Las señales o banderas de las pequeñas unidades

sobresalían de la planicie, como figuras de conjunto elementales: a veces, rectas, o en ciertos casos, líneas regulares, que de seguro daban la impresión de gran potencia a quienes las veían desde un sitio algo elevado de la enorme roca establecida junto al istmo y al arenal limítrofe.

Hacia esa roca, el bullicio no pasaba de la línea señalada por el alcance de los pedreros instalados sobre sus cotas o en los rellanos accesibles; pero, al Norte, las tiendas se extendían hasta la inmediación del foso preparado contra las incursiones de los moros que procedían de Ronda o de Estepona, y daban rebatos con frecuencia, que *paraban las celadas de los nuestros* (46).

Pero, no es el campamento lo que más nos interesa, sino su ambiente, y sobre todo lo que se hablaba o discutía en su cerebro: la majestuosa tienda del soberano de Castilla, a que acudían los vasallos y magnates eclesiásticos, y maestros de las Ordenes castrenses. Sobre todo, nos interesa el resultado del Gran Consejo celebrado en consecuencia de la obstinación hallada en el castillo, y de los pocos elementos disponibles para intensificar la acción y pagar debidamente a los que habían de ofrecer hasta su vida en beneficio del esfuerzo realizado. Mas como quiera que la guardia nos impide el paso hacia la regia residencia en que se discute y se resuelve, podemos solamente oír a los de fuera, que, aunque lejos, conocerán la decisión en cuanto los magnates la propongan y el rey la haya aprobado. De seguro, el pregón alcanzará la última barriada algo más tarde que la nueva que él divulgue. No en vano la radio-acemilero es más antigua que la radio marconiana. Hasta en el desierto produce efecto. Cuando, en Libia, el general Graziani preparaba una operación de guerra, guardaba siempre la hora H para sí, hasta el momento de salir; y aún decía, después de diana: «¡silencio!, no se enteren los del oasis...», que estaba, a veces, a más de cien kilómetros.

Y, en efecto, en la propia orilla—al poco tiempo—se oyó a unos mercaderes decir que por la tarde volverían los que estaban destacados, y que el reembarque de las fuerzas sería inmediato, y que en justa compensación se montaría un bloqueo marítimo y terrestre mucho más denso que el que estaba establecido a la sazón, para lograr de esa manera que cedieran los de dentro ante el eximio soberano de Castilla.

Pero, la nueva situación produce tedio. Los días pasan tristemente. El viento de Levante azota con firmeza, y la arena pega fuerte sobre los brazos, y da en la cara, y en los ojos, y obliga a refugiarse, y fomenta el comentario, y ayuda un poco a murmurar. Los vasallos quieren que el proyecto se abandone, y que el sitio se levante. Mas don Alfonso se niega firmemente. Está seguro de que basta perseverar un poco para alcanzar el resultado apetecido. No puede soportar la idea de haber venido inútilmente. Quiere su objetivo. Conoce su importancia. Y, en estas condicio-

(46) Padre Mariana. Biblioteca cit. Vol. XXX, pág. 482.

nes, todo pesa, en la balanza, sobre el platillo pesimista. Hasta una muerte habida en circunstancias naturales, provoca ideas tristes, y el deseo de huir de la espantosa roca, más alta cada día, más oscura, más sombría, y que está como esperando una ocasión cualquiera para desplomarse—hecha pedazos—sobre las tiendas instaladas entre palmitos y encima de la arena.

A pesar de todo, pasaron días, y hasta semanas. Los barcos se acercaban a la orilla con los suministros necesarios, y con noticias de Algeciras, y de Jerez, y de Sevilla. Mas otra muerte producida por una enfermedad violenta, hizo hablar un poco más de lo preciso, y dió lugar a suposiciones algo extrañas. A consecuencia de ello, el servicio de abastecimiento hizo saber que algunos víveres habían llegado en malas condiciones, y que la partida correspondiente había sido anegada, inmediatamente. Parecía que había cierto interés en evitar los comentarios sobre las causas de las muertes ocurridas; y, en efecto, cuando sobrevino la tercera, se habló menos. Pero, entonces, las caras se afearon, y hubo otro Consejo para poner en claro si a causa de la *landre* o bubón reinante, el bloqueo se alzaba, o seguiría.

La idea de la peste originaba espanto. Todos sabían que era imposible contenerla. La fiebre comenzaba por la tarde, y el tumor tardaba poco en agrandarse, y en podrirse, y en exhalar olores tremebundos, y en hacer insoportable la permanencia próxima al enfermo, que, a veces, se moría en pocas horas, con los ojos inyectados, la boca sucia, una sed terrible y grandes manchas sobre el cuerpo. La postración era su fin, y la muerte sobrevenía a consecuencia de un ligero movimiento, imperceptible casi.

La Crónica refiere que esta *pestilencia*—según, sin duda, se llamaba en aquel tiempo—había empezado dos años antes en Francia, en Inglaterra y en Italia, y que después se había extendido a España, pasando por Castilla y Extremadura (47), mas sin que tales ramalazos tuvieran la importancia del que se produjo en los varios campamentos instalados ante el Peñón de Gibraltar. La leyenda hablaba de otras epidemias aún mayores, cuya historia se remontaba a Egipto y seguía los pasos de las guerras acaecidas en el mundo, desde época remota hasta el siglo en que Alfonso Onceno fué monarca de León y de Castilla. Y, de resultas, la gente estaba prevenida: se percataba del peligro; y la amenaza se cernía a cada uno como una losa precursora de la muerte; y, de esta pesadilla, no es probable que el monarca se librara. Sin embargo, es cosa conocida que a pesar de la epidemia, quiso mantener la obra empezada, en la esperanza, acaso, de que la propia peste se convirtiera en el coeficiente necesario para aumentar la densidad de la cortina establecida y la intensidad de los pequeños golpes que aún lograba dar a los sitiados de vez en cuando.

(47) Crónica cit. Pág. 625.

No hubo remedio. El rey no quiso desplazarse. Los consejos fueron estériles. Sus reales seguirían sobre esa arena hasta el momento en que los fuertes se rindieran, o que él quedara sin la fuerza indispensable para ayudar al pusilánime y levantar los corazones de su tropa, y dirigir el cerco en todos sus detalles.

Y esto último ocurrió. Díjose entonces— y repitióse luego—que *fué la voluntad de Dios que el rey adoleciera de una landra* (48). Y, en efecto, al igual que los vasallos y mesnaderos que fallecieron antes que él, sufrió, una noche, la tortura originada por el mal que le llevó al sepulcro y que dejó en el mapa un límite indeleble entre el Peñón y el istmo que lo une a España.

El 26 de marzo de 1350 (49)—un Viernes Santo—, todos supieron que el monarca ya no estaba. Al amanecer murió; y, al instante, la noticia subió al castillo, y pasó a la villa, y se extendió por todo el territorio que aún estaba dominado por el emir Abul-Hacem.

Los preparativos para la conducción del féretro empezaron enseguida. Casi todo el mundo participó en los mismos. Los centinelas se olvidaron del servicio encomendado, convencidos de que el cerco se acababa y de que los moros de ambos lados respetarían su luto y jamás se atreverían a aprovechar la coyuntura que la suerte les traía para un ataque a fondo cuyo botín hubiera sido interesante. Y, así, no habiendo alertas ni sorpresa alguna en las primeras horas, la guerra concluyó como la vida del Caudillo y de los muchos ballesteros que la entregaban diariamente a consecuencia de la peste.

Sorprendido y respetuoso, el gibraltareño se asomó a la Torre del Homenaje, y luego a la muralla, y por último a la cuesta en que la villa terminaba; y, desde ahí, en gran silencio, contempló la comitiva, y la vió alejarse, pasando por el cruce que nos sirvió de observatorio y de escenario.

* * *

Esta es la historia de un soberano que dejó bien alto el pabellón de su ralea y de Castilla.

No cumplió cuarenta; y combatió toda su vida como Anibal, como Alejandro, y como otros que dejaron mucha gloria en pos de sí.

Su gran labor está latente en la pareja de esculturas conservadas en antiguas catedrales españolas: la ovetense y la toledana. Ambas aparecen fotografiadas en la obra de Sánchez Cantón sobre retratos de los reyes españoles. En la primera, la barba del monarca está cuidada

(48) Crónica cit. Pág. 626.

(49) Según la Crónica, el fallecimiento tuvo lugar el 27 de marzo de 1350. Mariana y López de Ayala aseguran que fué del 26 del citado mes y año. Ebn Alcatib, que cita Ayala, adelanta la fecha en cuestión al día 21.

y su cabellera es corta; es la efigie de un efebo recién llegado a la plenitud. Pero la otra corresponde a un viejo bien vestido, con pelo enmarañado, desordenado y largo, y recogido sobre el hombro. Las caras, por supuesto, son iguales: pómulos salientes, nariz muy recta, boca pequeña, frente grande y manos finas con los dedos alargados. Son—no cabe duda—las de un mismo personaje; pero la diferencia entre las dos fisionomías impresiona, y se explica sólo pensando en las batallas con los moros y en las luchas intestinas que sostuvo don Alfonso con los suyos, siempre rebeldes y atrevidos. El hombre que no llegó siquiera a los 40, tan joven todavía en el trasaltar de la hermosa basílica de Toledo, representa, en el claustro la Catedral de Oviedo, los 60 bien cumplidos. En esta última efigie, la expresión revela el sufrimiento originado por el trabajo y los tremendos desengaños (50).

* * *

Desde su muerte han transcurrido seiscientos años, siglo a siglo. Y, en ese tiempo Gibraltar pasó a Castilla, unida ya con Aragón, y unificadas las coronas. Mas luego España la perdió por un descuido y la perfidia de un almirante que se portó de un modo muy distinto a como lo hizo el árabe de antaño, que, desde cerca, esperaba la ocasión de una victoria, y la abandonó.

En aquel entonces, cuando Yusuf ben Ismail, rey de Granada, supo la muerte de Alfonso Onceno, dijo a los suyos que había desaparecido uno de los mejores príncipes del mundo—*el que honraba al hombre bueno, fuera amigo o no lo fuera* (51)— y les ordenó que no estorbaran a los cristianos cuando acompañaran al cadáver de su monarca insigne.

En cambio, en 1704 todo se pasó de otra manera; y, a fin de enaltecer al árabe, vale la pena de pensar en cómo Gibraltar fué abandonada, o perdida en injusta lid. En esa fecha, don Diego de Salinas entregó la plaza a un personaje que representaba a un rey que no era el suyo, pero que al fin y al cabo ostentaba un título que había reconocido media España. El defendía, en efecto, a Felipe V de Borbón, y cedió tan sólo ante el enviado de aquél que pretendía llegar a ser Carlos III de Austria. Se trataba de una guerra de sucesión en que las ideas no imperaban sobre los intereses de las casas monarcales; y el jefe estaba en su derecho de inclinarse ante la fuerza a fin de soslayar mayores males a los que, vencedores o vencidos, servirían, en todo caso, a un rey de España. Don

(50) Las dos efigies corresponden seguramente a Alfonso XI. En relación a la ovetense, dice el señor Sánchez Cantón que la admirable estatua de piedra no ha sido identificada hasta después de la reciente restauración de la Catedral. Empotrada en el muro y altar, las reproducciones anteriores no consentían adivinar... De otra parte, la citada estatua asegura la identificación de una del trasaltar de la Catedral toledana. Y, en efecto, basta compararlas.

(51) Conde: Ob. cit. Vol. III, pág. 148.

Diego de Salinas no pudo sospechar que al poco tiempo un acto injusto e injustificable causaría la escisión de la formidable roca y su anexión a la corona de Inglaterra. Y es que la reina que acechaba desde Londres no vivía en el siglo de Yusuf y don Alfonso: el tiempo transcurrido había borrado la traza y la costumbre de un enemigo noble y caballeroso.

Y conste que no critico. Salvo en circunstancias esporádicas, la política discurre con arreglo a aquella norma. El gesto de Ana de Inglaterra y de su almirante Rooke fué originado por el tiempo—o la época vivida—, que impulsaba a todos hacia un criterio en que lo práctico desborda a lo teórico, y en que la pasión es más potente que el afecto, y en que el odio manda, y nadie perdona. Es necesario doblegarse ante los siglos; y lo triste es que su acción es más intensa cada día. Tres milenios antes de Cristo, los sumerios hacían la guerra a sus vecinos sin más objeto que el de ofrecer una matanza de prisioneros a sus divinidades; y, en esto, el monarca, a veces, se reservaba el alto honor de sacrificar a su rival. Lo hacía en uso de un derecho, o en cumplimiento de una ley. No recelaba el comentario. Mas, ahora, buscando el modo de evitar la nueva guerra, el vencedor disfraza su castigo; procura que el ambiente se convierta en juez supremo, y que el Tribunal se deje conducir por ese ambiente. Y, de este modo, en Nürenberg, las faltas de un político—genio nefasto de Alemania—fueron purgadas en la horca por aquellos, de entre los que le siguieron, cuya labor e inteligencia fueron mayores; y cuando la sentencia va a cumplirse, los que han fallado no se atreven a mirar, y las naciones que dirigen se desentienden de los hechos, y la Prensa está callada, y al cabo de unos meses nadie piensa en lo ocurrido.

Tampoco nadie discrimina lo intermedio. Y, sin embargo, entre las atrocidades del siglo menos XXX y las de nuestro siglo XX, hubo Atilas y Almanzores que dejaron marcas indelebles de su espantoso proceder. Y, sin llegar a tanto, cada pueblo de Castilla o Andalucía ofrece un rastro amargo que es fácil encontrar en los archivos.

Arcos y Vejer y otras villas o ciudades de esta parte, demuestran que su historia fué brillante; pero, ¿a qué costa? En relación a ellas, Jerez de la Frontera viene a ser la retaguardia; mas no olvidando que primero se llamó vanguardia de Sevilla y de Morón. Y si glorioso fué el trabajo realizado por tales pueblos y por los muchos que no hay tiempo de citar, con tanta escaramuza y ofensiva que los suyos realizaron, y las entradas y matanzas que sin duda soportaron, bien puede asegurarse que la tierra de Algeciras y de su campo, y la arena de la zona que se acerca a Gibraltar, están bañadas con la sangre suficiente para aceptar honores de la Patria.

No son las casas lo que importa. Estas, como las células del cuerpo humano, se transforman y reemplazan diriamente. Sólo cuenta el suelo en que los nuevos edificios se instalaron; el que les ofreció la piedra de

sus muros y el barro de sus paredes; el que—celoso—guarda los restos de sus propios fundadores.

Y, entre éstos, bien merece una mención Alfonso Onceno: hombre de hierro, jinete espléndido, incansable en la batalla y generoso con los suyos.

En paz descanse el héroe del Salado.

CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

De la Real Academia Española.

Algeciras, 21 de mayo 1950.



OBRAS CONSULTADAS

ALMIRANTE (José).—Diccionario militar, etimológico, histórico, tecnológico. Madrid, 1869.

BARADO.—Museo Militar; el Ejército español. (Madrid, 1890).

CAMUS (Albert).—*La Peste*. (París, 1947).

CONDE (José Antonio).—Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas. Madrid, 1821. (Tres volúmenes).

CRONICA de don Alfonso el Onceno, de este nombre, de los Reyes que reinaron en Castilla y en León. Segunda edición, conforme a un antiguo Ms. de la Real Biblioteca de El Escorial, y otro de la Mayansiana. Madrid, 1787.

ESTEBANEZ CALDERON (Serafín).—Historia inedita de la Infantería Española. (1853).

LOPEZ DE AYALA (Ignacio).—Historia de Gibraltar. Madrid, 1782.

LUNA (José Carlos de).—Historia de Gibraltar. Madrid, 1944.

MARIANA (Padre Juan de).—Historia de España. Tomos XXX y XXXI de la «Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días».

VIGON (Jorge).—Historia de la Artillería Española. Madrid, 1948.